

2°Encuentro curioso
16 de noviembre de 2019

Cátedra II de Psicopatología
Facultad de Psicología UBA
Lazos y síntomas actuales

Síntomas sociales y lo social sintomático

Título: El malestar siempre perdura o la felicidad siempre fracasa

Integrantes: Gabriela Basz (JTP) Diana Antebi, Marcela Mas, Marcela Piaggi,
Mariana Schwartzman, Rocío Lotta, Ignacio Giacoia

Introducción

¿Hay síntomas que puedan escapar de la trama social? ¿Algún síntoma podría pensarse por fuera de la cultura, por fuera de lo Otro? ¿Cuál sería la forma que toma hoy el síntoma, según nuestras coordenadas de época? ¿Qué tienen para responder Freud y Lacan a estas preguntas?

Relativizar a Freud suavizando el filo de su descubrimiento es una tendencia actual. Desde hace algunos años asistimos a una relativización, más o menos escéptica, de la obra de Freud en relación con los prejuicios de su tiempo. Sin embargo, la simpleza con que Freud advierte lo irreductible de cada época en todo ser humano queda notablemente expresado en “El malestar en la Cultura” (1930).

Freud recurre al valor del mito para responder al origen de la cultura, a lo que funda una sociedad como tal. En “Tótem y Tabú” (1913) se propone aplicar las conclusiones del psicoanálisis al estudio de la psicología de los pueblos. Los tres primeros capítulos son de una riqueza extraordinaria si se los lee detenidamente. Allí va a situar la comparación y diferencia entre la psicología individual del neurótico y el análisis de las formaciones sociales, señalando que las neurosis y la paranoia pueden considerarse como deformaciones de las grandes producciones sociales de la cultura. Veremos cómo este punto puede ser pensado en articulación con algunos desarrollos de Lacan

La interdicción como fundacional de la cultura.

En el texto titulado “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” (1908), Freud anticipa gran parte de las ideas que trabajará posteriormente. Ya en 1908, podemos decir, Freud se pregunta por las relaciones entre los síntomas y lo social; esto es, entre los síntomas de las neurosis, o bien lo que él refiere como “nerviosidad moderna”, y las incidencias de la cultura sobre los mismos.

En “Tótem y Tabú” Freud refiere que las neurosis son “formaciones asociales: procuran lograr con medios privados lo que en la sociedad surgió por el trabajo colectivo” (FREUD, 1913, 78). Cabe plantearse entonces la pregunta sobre qué sería lo social para Freud. Lo primero que nos dice es que la cultura reposa sobre pulsiones sociales, producto de la unión entre componentes egoístas y eróticos. Presenta la sexualidad

como un asunto privado que no propicia el lazo social. De allí la necesidad de proponer, en el capítulo IV, el mito de la “Horda primitiva”. Cuando aborda el asesinato del padre primordial -de modo que todos los hermanos renuncian a ocupar su lugar- da el paso decisivo para definir la cultura, pues ella se funda en la renuncia pulsional, siendo esto lo que propicia el lazo social. Esta idea la retoma en “El porvenir de una ilusión” (1927) donde hace mención a los sacrificios a los que los hombres son sometidos, por la necesidad de vivir en conjunto con otros hombres para subsistir. Pareciera ser que es imposible pensar al hombre aislado, en soledad.

A su vez, Lacan, en “Los complejos familiares en la formación del individuo”, apunta a que la familia tiene un papel importante en la transmisión de la cultura. Refiere que: “(...) en nuestro tiempo (...) es imposible comprender al hombre de la cultura occidental fuera de las antinomias que constituyen sus relaciones con la naturaleza y con la sociedad”. (LACAN, 1938,70). Menciona algunas características de las sociedades matriarcales, las cuales precedieron a la sociedad patriarcal y fueron duraderas en el tiempo, siendo relevadas por esta última, pero sin situar con demasiada precisión por qué se produce el pasaje de una a otra. En los matriarcados, la función paterna estaba desdoblada entre el tío materno y el padre del niño, encarnando el primero la autoridad y prohibición, y quedando el padre “liberado de toda función represiva” (LACAN, 1938, 67). Esta división tuvo como efecto la ausencia de neurosis en aquellos grupos a los que Lacan hace referencia, pero con una represión rigurosa de la sexualidad, sin posibilidades de sublimación. Por el contrario, en las sociedades patriarcales, el padre es doble agente: interdictor de la sexualidad, pero a su vez es el ejemplo de su transgresión, se produce lo que llamará un “conflicto fecundo”, ya que en la imago paterna confluyen la función de represión sostenida con la instancia del superyó y la sublimación con el apoyo del ideal del yo, introduciendo en la represión un ideal de promesa. Mencionando la declinación de la figura paterna, hace alusión a las “neurosis de carácter”¹ como “la gran neurosis contemporánea”, resultado de la personalidad decadente del padre, que obtura, así como en los matriarcados, la posibilidad de sublimación. El concepto de sublimación implica de algún modo una renuncia, pero también una ganancia: ¿Qué pasaría entonces cuando las posibilidades de desviar la energía sexual a otras metas y fines no están posibilidades?

¹ La “neurosis de carácter” refiere a obstáculos difusos en las actividades de la persona, impasses imaginarios en sus relaciones con la realidad.

En las sociedades matriarcales, de las que poco se menciona, parecería que prevalece la represión severa de la sexualidad y, como efecto de la falta de sublimación, las culturas se estancan. Vale preguntarse entonces ¿Qué modos de lazo podríamos ubicar en estas sociedades antecesoras de la familia patriarcal?

Retomemos el hilo de la renuncia pulsional, si es esto lo que une a los hombres ¿qué sucede en una época en donde se busca la satisfacción irrestricta? En una breve referencia a “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) Freud plantea que la pérdida de orientación del líder, como figura de referencia, lleva a perder las ligaduras entre los miembros de las mismas. Si en nuestra época los ideales caen, si las figuras orientadoras no se sostienen, la pregunta vuelve a retornar: ¿qué modo de relación para los sujetos?

Una respuesta posible es la emergencia de los llamados síntomas actuales, que a su vez pueden ser considerados síntomas sociales en tanto agrupan bajo etiquetas que nombran el padecer en cuadros clínicos similares, perdiendo así la singularidad de cada quien. La depresión, los ataques de pánico, la ansiedad, entre tantos otros, son formas en que los seres humanos se identifican unos a otros ¿esto hace lazo?

Ni lo pasado fue mejor y el futuro es incierto. De lo que estamos seguros es que no podemos escapar a la renuncia pulsional para vivir en comunidad y que esto siempre generará un malestar.

Freud aclara y advierte que lo que divide al individuo no es la cultura, sino el precio que paga por su bienestar, a saber el renunciamiento al goce, que contiene una parte del dolor que el principio del placer tiene por función transformar; es así como “La tarea de evitar el sufrimiento relega a un segundo plano la ganancia de placer” (FREUD, 1930,77). El precio que paga cada uno es lo que llamamos síntoma, es decir síntoma social.

Pero la sociedad no quiere saber nada de que se descubran estas constelaciones, de esta manera alimenta un estado de “hipocresía cultural” (FREUD 1924, 232). En consecuencia, la cultura propone y ofrece satisfacciones sustitutivas para “soportar la renuncia”. Hay variedad de ofertas: estupefacientes, arte, religión, modos que la cultura propone para soportar la vida, para anestesiarnos de lo real del síntoma que exige satisfacción. Pero del lado del sujeto, Freud también va a ubicar exigencias para resistir

la imposibilidad estructural: la soledad buscada, las intoxicaciones, el sosiego, el eremita, las psicosis, la sublimación y el refugio en la neurosis (FREUD, 1930, 84), Tomaremos como ejemplo la toxicomanía y la psicosis.

¿Cómo pensar el síntoma social en la toxicomanía?

Ya en “Tótem y Tabú” (1914) Freud señala la pretendida felicidad a la que aspira el principio de placer, así como también la presión que la cultura impone sobre la satisfacción irrestricta. De ello surge un conflicto y con él medidas de protección para evitar la pena resultante: el aislamiento y la intoxicación. Dos décadas después, Freud vuelve a ceñir lo social y lo individual, el malestar y el lazo.

Sin lugar a dudas la época freudiana y ésta, la nuestra, no son iguales. La freudiana estaba caracterizada por la renuncia pulsional marcada por la acción paterna. La actual, signada por las leyes del mercado y su empuje a negar la imposibilidad, ha transformado el imperativo: ¡hay que gozar! Imperativo en el que la toxicomanía, entre otras, se embandera.

Esta práctica puede ser abordada entonces como un síntoma social, y ser objeto así, de distintos campos de acción: médico, jurídico, de los derechos humanos.

Considerarlo en ese sentido implica ponderarlo como un problema a resolver, volviéndose síntoma entonces para los discursos que rigen dichos campos.

Desde la perspectiva psicoanalítica, la toxicomanía no será abordada desde ideales de salud sino desde la evaluación de la función que el tóxico desempeña para el sujeto, partiendo de la necesidad de sintomatizar una práctica que pone en cuestión el lazo y por tanto, se muestra, en principio, refractaria a la interpretación, salvo cuando el tóxico falla en lo que pretende aliviar.

La paranoia y el lazo social

Freud va a ubicar que es en la fijación libidinal donde está la predisposición a enfermar. En la esquizofrenia la fijación es al autoerotismo, el síntoma esquizofrénico dará cuenta de este punto de fijación, fragmentando al yo, presentándose como goce en el cuerpo o como alucinaciones que van en detrimento del yo, ya que son hostiles contra él. De este modo, señala Freud, la represión triunfa en la esquizofrenia, ya que se hace muy difícil la reconstrucción de la realidad, es decir, la posibilidad de volver a colocar las investiduras en la realidad exterior. Vemos como de este modo se puede leer, con Freud, la dificultad del esquizofrénico en hacer lazo social, en sostener sus vínculos sociales.

En la paranoia las cosas son bastante diferentes. Freud propone una lectura original del delirio paranoico, que tiene como eje el lazo social. El delirio consiste en una defensa frente a la re-sexualización de los vínculos sociales. Lo social está en el centro del conflicto paranoico, quien tendrá por delante el arduo trabajo de defenderse de aquello. Y es así que construye un delirio de persecución para hacer algo con eso que lo invade. Este trabajo le permitirá al paranoico, a la inversa de lo que ocurre con la esquizofrenia, devolver su libido al exterior y reconstruir el lazo con la realidad, es decir, hacer fracasar la cancelación libidinal previa.

J. A. Miller en “Ironía” (1988) ubica a la esquizofrenia como fuera de lazo, fuera de discurso -entendiendo que el modo del ser hablante de hacer lazo social sería a través de los discursos. El paranoico, sin embargo, tendría otras herramientas. Señala Lacan: “Cuando leamos más adelante en la pluma de Schreber que él mismo se ofrece como soporte para que Dios o el Otro goce de su ser pasivizado, mientras se abandona al pensar-nada para que Dios, ese Otro hecho de un discurso infinito, se escabulla (...)” (LACAN, 1966, 233). Señala que el texto da cuenta de una diferencia fundamental, la del sujeto del significante y la del sujeto paranoico, “(...) una definición más precisa de la paranoia como identificando el goce en el lugar del Otro como tal” (LACAN, 1966, 233) Es decir, a pesar de la cuestión delirante, el paranoico, al ubicarse como soporte del goce del Otro, no deja de hacer lazo con él.

Agregamos una referencia de Lacan importante para nuestro eje, pues lo propone como un fenómeno de época. Se refiere a un tipo de nominación, “el nombrar para”, señalando: “Hay algo cuya incidencia quisiera indicar. Porque se trata del sesgo de un momento que es aquel que vivimos en la historia... la pérdida de lo que se soportaría en la dimensión del amor... a ese Nombre del Padre se sustituye una función que no es otra cosa que la del “nombrar para”. Ser nombrado para algo, he aquí lo que despunta en un orden que se ve efectivamente sustituir al Nombre del Padre. Salvo que aquí, la madre generalmente basta por sí sola para designar su proyecto, para efectuar su trazado, para indicar su camino” (LACAN, 1974, 126). Un párrafo más abajo agrega: “(...) es sin embargo ella, ella, su deseo, lo que señala a su crío ese proyecto que se expresa por el “nombrar para”. Ser nombrado para algo... se ve preferir – quiero decir efectivamente preferir, pasar antes – lo que tiene que ver con el Nombre del Padre” (LACAN, 1974, 126).

Lacan está proponiendo como fenómeno de época, anteponer la prevalencia de lo que la madre designa para su hijo, al Nombre del Padre. La madre basta sola para designar el trazado del proyecto para el hijo. Aquí lo social toma predominio de nudo y de muchas existencias; restituye un orden que es “de hierro”, es decir, un proyecto rígido, donde las dimensiones del amor están forcluidas. Por ello Lacan se pregunta si acaso ese “nombrar para” no es el signo de una degeneración catastrófica. Deberíamos pensar si esta degeneración catastrófica no estaría en relación con este proyecto social que deja de lado las cuestiones del amor.

La cultura: nombre del nudo social.

Pensar lo social como nudo, nos permite considerar en el nivel universal, que todo síntoma es indefectiblemente social, pues se funda alrededor de una interdicción; luego, el rasgo de prohibición por el que cada época esté marcada nos orientará en el nivel de lo particular, para por fin ubicar, los modos de goce orientados por el rasgo que nos conducirá al nivel del síntoma en singular.

Comencemos por Freud, quien aborda en el mito de la horda primitiva la función del incesto como aquello que está en el origen fundacional de la cultura. Dicha interdicción es un hecho al que, más que un valor histórico, Lacan le va a dar un valor estructural.

En “El malestar en la cultura” (1930), expresábamos, Freud plantea que la cultura se origina alrededor de prohibiciones: por un lado está la renuncia de las exigencias pulsionales y por el otro las restricciones de la cultura, representada esta última por la interdicción del padre totémico fundante de la ley. Podemos ubicar que la interdicción del goce sexual -tanto en las sociedades patriarcales como en las matriarcales- es el agujero alrededor del cual Freud funda la cultura. Tal es el nombre que le da Lacan: “la interdicción del incesto (...) eso en lo que consiste la interdicción es el agujero de lo simbólico” (LACAN, 1975, 176). Agujero que (aunque no puede imaginarse, de allí su valor en el mito) nomina, fija e inserta nombres en una época determinada.

Freud y Lacan coinciden, pues este último expresará también que: “el punto de partida de todo nudo social se constituye por la no –relación como agujero, no de dos, al menos tres (...) eso hará cuatro” (LACAN, 1975, 178).

¿A qué llama Lacan nudo social? Iremos por partes. Lacan retoma para explicar el nudo social el concepto de identificación en Freud -tanto a nivel individual como de la masa-

para articularlo al nudo borromeo. Expresaré que los seres humanos siempre se identifican con un grupo; pero agrega algo más, y es que, no está señalado a priori, a qué rasgo del grupo tienen que identificarse.

¿Cómo armamos con estas piezas el nudo social? Comencemos con los dos que Freud ubica en el origen de la cultura: la renuncia de las exigencias pulsionales y las restricciones de la cultura. La interdicción del incesto hace de tercer eslabón, funda la ley y se redobra en la función de nominación como cuarto elemento “el padre como nombrante” (SCHEJTMAN, 2013, 82).

Es la nominación, en tanto acción de nombrar y como cuarto eslabón, lo que hace bucle entre los tres. El padre como nombrante será el que denomine síntomas propios de una época. Y vamos a decir un poco más con Lacan: la interdicción del incesto es “un agujero que hace torbellino, más bien traga. Y luego hay momentos que eso escupe, ¿eso escupe qué? El nombre: es el padre como nombre” (LACAN, 1975, 177).

Podríamos aventurar que escupe los nombres que la sociedad, o mejor, que la cultura le otorga a los síntomas de una época. Entendemos a los síntomas de una época como restos, “pedazos de real” núcleo de lo que llamaremos: síntomas sociales.

Luego habremos de concebir los modos en que cada época interpreta o reviste el malestar que cada cultura porta como condición necesaria. Y, finalmente, qué inventa o cómo se las arregla cada uno con ese malestar.

El malestar siempre perdura o la felicidad siempre fracasa.

Sin embargo, todas las formas sustitutivas, tanto las propuestas por la cultura, como las que inventa el sujeto fracasan. El programa que nos impone el principio del placer es alcanzar la felicidad, no obstante este programa siempre entra en querrela, es irrealizable y choca con lo imposible. Freud advierte: “Lo que se llama “felicidad”, corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza solo es posible como un fenómeno episódico (...) estamos programados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado” (FREUD, 1929, 76). Es decir que el malestar es un síntoma universal y además un síntoma particular, pues Freud hará referencia a los “tipos libidinales” (FREUD 1931, 219). Señalará así que: “Discernir la dicha posible en sentido moderado es un problema de la economía libidinal del individuo. Sobre este punto no existe

consejo válido para todos, cada quien tiene que ensayar por sí mismo (...) pasa a ser decisiva la constitución psíquica del individuo” (FREUD, 1929, 83). Queda librado al sujeto “hallar los caminos que le permitan procurarse una compensación suficiente a cambio del sacrificio impuesto, a fin de procurar su equilibrio anímico (FREUD, 1924, 232).

Freud plantea como alternativa frente al malestar al psicoanálisis que: “descubre los puntos débiles de este sistema y aconseja modificarlos. Propone aflojar la severidad de la represión de las pulsiones, y a cambio dejar más sitio a la veracidad” (FREUD, 1924, 233), entendiendo por ella algo de la verdad del propio goce.

En definitiva, Freud opone a los calmantes que la civilización propone para adormecer lo real del síntoma, el psicoanálisis.

BIBLIOGRAFIA DE REFERENCIA

1. COTTET, S (1984) *Freud y el deseo del psicoanalista*. Buenos Aires, Manantial, 1984.
2. FREUD, S. (1908) “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2012, IX, 159-182.
3. FREUD, S. (1911) "Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente". En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, XII., 1-74.
4. FREUD, S. (1913) “Tótem y Tabú”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, XIII, 1-163.
5. FREUD, S. (1920) “Psicología de las masas y análisis del yo”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984. XVIII, 63-136.
6. FREUD, S (1924) “Las resistencias contra el psicoanálisis”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1984, XIX, 223-227.

7. FREUD, S. (1927) “El porvenir de una ilusión”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 2014, XXI, 1-56.
8. FREUD, S (1930) “El malestar en la cultura”. En *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1986, XXI, 57-140.
9. FREUD, S (1931) “Los tipos libidinales”. En *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1986, XXI, 215-219.
10. LACAN, J. (1938) “Los complejos familiares en la formación del individuo”. En *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2014.
11. LACAN, J. (1966) “Presentación de las *Memorias de un neurópata*”. En *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2014.
12. LACAN, J. (1973-1974) El Seminario *Los no incautos yerran*, inédito.
13. LACAN, J (1974-1975) El Seminario *RSI*, inédito.
14. LAURENT, E. (2018) “Disrupción del goce en las locuras bajo transferencia”. En *Revista Freudiana Nro. 84*, Barcelona, RBA Libros, 2018.
15. MAZZUCA, R. (2003) “Las antinomias de la función paterna”. En *Cizalla del cuerpo y del alma*, Buenos Aires, Bergasse 19, 2003.
16. MILLER, J. (1988) “Ironía”. En *Revista Consecuencias*, Edición Nro.7, noviembre, 2011
17. SCHEJTMAN, F. (2013) *Ensayos de clínica psicoanalítica nodal*. Buenos Aires, Grama, 2013.